

Visiones de Europa. Cambio y continuidad en el discurso europeísta del PSOE (1976-1985)

Carlos López Gómez

Universidad Antonio de Nebrija

La historiografía de la transición española ha interpretado tradicionalmente las relaciones entre España y la Comunidad Económica Europea (CEE) como uno de los capítulos esenciales sobre los que se pudo construir el *consenso* entre las diversas fuerzas políticas del post-franquismo, al coincidir todas ellas en posiciones europeístas y defender como un objetivo común la adhesión de España a la CEE, alcanzada, tras un duro y complejo período de negociaciones, el 1 de enero de 1986¹. Así, la Comunidad Europea, que durante la dictadura franquista se había erigido en referente para la oposición al régimen y en núcleo aglutinador de las diferentes tendencias democráticas, sería durante la transición una piedra de toque del éxito de la democratización y una prioridad incontestable de la política exterior española, sin que se percibieran apenas voces discordantes al respecto².

Sin embargo, en fechas más recientes algunos investigadores se han cuestionado el alcance de la *unanimidad* europeísta de la época, tomando en consideración las diferentes interpretaciones que del proceso de integración europea se han realizado desde las diversas ideologías presentes en los sistemas políticos europeos contemporáneos (Europa de los mercados, de los trabajadores, de los pueblos...) y del significado eminentemente *simbólico* que la Comunidad Europea tuvo en los años setenta y ochenta en una España para la que Europa significaba modernidad social, estabilidad democrática, progreso económico y, sobre todo, superación de un secular complejo de aislamiento e inferioridad frente a las potencias más pujantes del continente³.

¹ El presente trabajo se inscribe en la labor del Grupo de Investigación de la Comunidad de Madrid 941072 sobre Historia de las Relaciones Internacionales (GHistRI, <http://www.ucm.es/info/ghistri/>).

² Véanse al respecto Carlos Closa y Paul M. Heywood, *Spain and the European Union*, Houndmills, Palgrave, 2004, p. 15. Véase asimismo Alan Gooch, «El lenguaje político español», *Revista de Estudios Políticos*, nº 52 (1986), pp. 137-152; Antonio Moreno Juste, «Del “problema de España” a la “España europeizada”: excepcionalidad y normalización en la posición de España en Europa», en Juan Carlos Pereira Castañares (coord.), *La política exterior de España (1800-2003)*, Madrid, Ariel, 2003, pp. 295-317; Juan Carlos Pereira Castañares, «Europeización de España / Españolización de Europa: el dilema histórico resuelto», *Documentación Social*, nº 111 (abril-junio 1998), pp. 39-58; Juan Carlos Pereira Castañares y Antonio Moreno Juste, «España ante el proceso de integración europea desde una perspectiva histórica. Panorama historiográfico y líneas de investigación», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, Vol. IX (1991), pp. 129-152.

³ Donnatella Montalto Cessi, «Il lungo percorso della Spagna verso l'Europa», *Spagna Contemporanea*, nº 5 (1994), p. 151; Charles T. Powell, «España en Europa: de 1945 a nuestros días», *Ayer*, nº 49 (2001), pp. 81-119; Carlos López Gómez, “Spanish Political Parties and the Accession to the European Community: Consensus or Coincidence?”, en Daniele Pasquinucci y Daniela Preda (eds.), *The Evolution of the Consensus to European Integration, 1950-2005*, Bruselas, Peter Lang (pendiente de publicación); Miguel Ángel Quintanilla Navarro, *El misterio del europeísmo español. Enjambres y avisperos*, Madrid, Síntesis, 2005; Pablo Jáuregui, «Spain : ‘Europe’ as a symbol of modernity, democracy, and renewed international prestige», en Bo Stråth y, Arianna Trianda Fyllidou (eds.), *Representations of Europe and the nation in current and prospective member states media, elites and civil*

Sobre esta base, el presente trabajo se centra en la evolución del discurso público del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en relación con el proceso de integración europea (y de forma particular sobre las relaciones hispano-comunitarias y la cuestión de la adhesión española a la CEE) desde los comienzos de la transición hasta la firma del acta de adhesión española. Pretendemos con ello identificar los rasgos distintivos de la visión socialista — española— de la construcción europea y ponerlos en relación con la actitud del PSOE ante la política europea de España tanto desde la oposición como desde el gobierno. Incidiremos, así, en las eventuales contradicciones en las que por el devenir de la lucha política interna habría podido caer la línea europeísta del partido, así como en los medios y recursos con los que el PSOE contó para llevar a cabo la aproximación de España a Europa desde una óptica socialista.

El primer aspecto a señalar es la triple dimensión que desde sus inicios el proyecto de construcción europea revistió para el PSOE en el exilio. Por un lado, la concepción de una Europa integrada en sentido federal concordaba con los planteamientos ideológicos del PSOE para la posguerra europea, así como con los de los partidos socialdemócratas de otros países⁴. A ello se sumó el carácter inequívocamente democrático de las instituciones europeas surgidas desde 1949 (Consejo de Europa, CECA, CEE...), remarcado a partir de 1962 cuando la solicitud de adhesión a la CEE de la España franquista fue rechazada en virtud de su régimen político. Así, el PSOE estuvo representado en las diferentes reuniones a partir de las que se articularon los grandes *lobbies* europeístas internacionales, como el Movimiento Socialista por los Estados Unidos de Europa (a cuya reunión fundacional acudió Luis Araquistáin en 1947) o el Movimiento Europeo Internacional (desde 1948)⁵. En 1949 el PSOE sería, en la persona de Rodolfo Llopis, uno de los grupos fundadores del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo, que instaló su sede en París y que sería el gran animador del europeísmo español en el exilio⁶. La presencia del PSOE sería igualmente destacada en la reunión del Movimiento Europeo Internacional de 1962 (denunciada por la propaganda franquista como el *contubernio de Múnich*), en la que 118 delegados españoles de diversas tendencias de la oposición interior y del exilio pidieron a la CEE que no admitiera a una España antidemocrática en su seno⁷.

society. The Collective State of the Art and Historical Reports, Luxemburgo, Office for Official Publications of the European Communities, 2003, pp. 285-319.

⁴ Bruno Vargas, «El movimiento socialista español en el exilio y la construcción de Europa (1946-1972)», en Alonso Puerta et al., *El socialismo español en el exilio y la construcción europea*, Madrid, Fundación Indalecio Prieto, 2003, pp. 41-62.

⁵ Centre d'Estudis Històrics Internacionals (CEHI), Fondo Documents Exili (DO), 35/2, États Socialistes d'Europe (Paris, juin 1947). La presencia de delegados españoles en el Movimiento Socialista por los Estados Unidos de Europa se encuentra ampliamente documentada en el fondo Gironella del Archivo del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo (CFEME). En cuanto a la participación socialista española en la fundación del Movimiento Europeo Internacional, se encuentra documentada en el Archivo Histórico de la Unión Europea (AHUE), Fondo Movimiento Europeo (ME), carpeta 2195.

⁶ Maria Elena Cavallaro, *Los orígenes de la integración de España en Europa. Desde el franquismo hasta los años de la transición*, Madrid, Sílex, 2009, pp. 152-154.

⁷ Joaquín Satrustegui (ed.), *Cuando la transición se hizo posible. El «contubernio de Múnich»*, Madrid, Tecnos, 1993.

En segundo lugar, la evolución económica de España y la progresiva integración de las economías de Europa occidental, que forzaron al régimen franquista a buscar su aproximación a la CEE (parcialmente obtenida en el acuerdo comercial de 1970), evidenciaron la necesidad de que la futura España democrática no quedara al margen de las instituciones europeas. En ello incidieron, por una parte, factores económicos y de política internacional (la CEE como medio para la superación del aislamiento sufrido por el país durante el franquismo) y, por otra, el propio significado político del europeísmo como opción democrática: la identificación entre europeísmo y democracia que hizo de la adhesión a la CEE un camino insoslayable para España a partir de 1975⁸.

En tercer lugar, la concepción socialista de la Europa integrada chocaba en sus planteamientos ideológicos con el desarrollo que con el curso del tiempo habían adquirido las Comunidades Europeas, más interesadas en la liberalización de los capitales y de las inversiones financieras que en la promoción de los derechos de los trabajadores o la igualdad del nivel de vida entre los países miembros de la CEE. Así, el PSOE participaría del discurso crítico de la socialdemocracia europea con la CEE realmente existente, proponiendo la transformación de la *Europa de las multinacionales* en la *Europa de los trabajadores*⁹. Las declaraciones y testimonios en este sentido de los líderes del PSOE abundan durante los años de la transición. Por ejemplo, en enero de 1976, durante la Conferencia de los Socialistas del Sur de Europa celebrada en París, Felipe González recalcó en su intervención la importancia de la construcción de una «Europa democrática y socialista», pues sólo ésta podía constituir una alternativa a la política de bloques y tender un puente hacia el Tercer Mundo¹⁰. En 1977, en un opúsculo destinado a difundir el programa socialista antes de las elecciones de junio, Felipe González y Alfonso Guerra afirmaban que el objetivo de la unidad europea debía ser una Europa democrática y socialista, dentro de la cual España impulsara «todas las iniciativas que tiendan a la democratización y socialización para que la nueva Europa pase a ser una auténtica Europa de los trabajadores»¹¹. Más tarde, en su libro programático sobre la política exterior española, Fernando Morán sintetizó el reto europeo de la izquierda en «transformar a nivel continental las instituciones comunitarias mediante el sistema de reforma e ir cambiando, en solidaridad con la izquierda europea (fundamentalmente la socialista) los principios socioeconómicos en que se fundan las resoluciones que constituyen el Derecho comunitario»¹². La máxima de *Europa será socialista o no será*, enunciada por el socialista francés François Mitterrand, sería repetida

⁸ Carlos López Gómez, «El europeísmo en España. La sociedad civil ante el proceso de construcción europea», *Circunstancia*, n.º 25 (mayo de 2011),

<http://www.ortegaygasset.edu/fog/ver/439/circunstancia/ano-ix---n--25---mayo-2011>

⁹ La expresión sería utilizada por Alfonso Guerra en un mitin en 1982. Cit. en Andrés Carabantes, *Balance y futuro del socialismo*, Barcelona, Planeta, 1984, p. 185. La ideología socialista de la construcción europea se desarrolla en Miguel Ángel Quintanilla Navarro, *La integración europea y el sistema político español: Los partidos políticos españoles ante el proceso de integración europea, 1979-1999*, Madrid, Congreso de los Diputados, 2001, pp. 61-82.

¹⁰ Pilar Ortuño Anaya, *Los socialistas europeos y la transición española*, Madrid, Marcial Pons, 2005, pp. 161-162.

¹¹ Felipe González y Alfonso Guerra, *PSOE*, Bilbao, Albia, 1977, p. 126.

¹² Fernando Morán, *Una política exterior para España*, Barcelona, Planeta, 1980, p. 33.

varias veces por los socialistas españoles, y utilizada asimismo para explicar los obstáculos y retrasos planteados en las negociaciones de adhesión de España por los intereses opuestos de algunos países (principalmente de Francia). Así, cuando las negociaciones se vieron detenidas en junio de 1980 por unas contundentes declaraciones del presidente francés, Valéry Giscard d'Estaing (conocidas en España como el *giscardazo*), en que cerraba la puerta de la CEE a España mientras no se salvaguardaran suficientemente los intereses agrícolas franceses, el órgano de expresión del PSOE, *El Socialista*, atribuía esta actitud a que la Comunidad,

«lejos de corresponder a un espíritu de solidaridad entre los pueblos, subordinando los intereses económicos nacionales al proyecto político unitario, ha sometido éste a aquéllos, dando prioridad a los conciertos económicos. De tal forma que cada país miembro ha atendido más a la protección de los sectores de su economía cuyos intereses consideraba vitales que a la necesaria solidaridad en beneficio del proyecto común. [...] Pero ahora la crisis económica mundial ha sacado a flote las contradicciones de dicha práctica, [...] poniendo en peligro la supervivencia de la CEE. Con lo cual se ha dado la razón a los socialistas europeos, que, desde los primeros pasos de la Unidad Europea, a la vista del sentido puramente económico que ya entonces adoptaba en la práctica, no han cesado de afirmar que “Europa será socialista o no será”»¹³.

La documentación interna del PSOE también resulta en este sentido elocuente, pues ilustra por un lado esta percepción general de la Comunidad como un marco o un medio para la extensión del proyecto socialista, en franca divergencia con el sentido dado por sus protagonistas a la experiencia de veinticinco años de integración económica, y, por otro, nos permite observar la evolución ideológica del partido hacia la moderación, paralelamente a su transformación en alternativa y luego en realidad de gobierno, tanto en el plano económico como en su concepción de la realidad internacional. Si bien este giro ideológico se suele situar cronológicamente en dos fechas claves (1979, año del congreso extraordinario en el que se abandona —parcialmente— el marxismo como referencia ideológica, y 1983, cuando se produce el giro en la política exterior en relación con la OTAN), acudiendo a determinadas fuentes podemos observar que los cambios se producen en un plazo más dilatado, y a un ritmo más lento. Otro aspecto a señalar es la relativa *heterogeneidad* ideológica existente en el PSOE en estos años. Sin alcanzar los extremos de mezcolanza ideológica de la UCD, lo cierto es que la rápida asunción por del PSOE de un amplio espectro de representatividad política en la segunda mitad de los setenta y la primera de los ochenta afectó a la multiplicidad de valores e intereses presentes en su electorado, y repercutió en una cierta falta de homogeneidad en sus puestos dirigentes. Al igual que en la UCD, esto habría sido consecuencia, en parte, de la absorción de partidos y organizaciones relativamente menores, como el Partido Socialista Popular, la Federación de Partidos Socialistas, el Partido Socialista Andaluz, el Partido de Acción Democrática y varios cuadros del PSOE histórico, entre otros.

¹³ «España no renuncia a Europa», *El Socialista*, 10-VI-1980.

Así, en el momento final de la dictadura existía en algunos sectores del partido —sobre todo en las Juventudes Socialistas— un discurso marcadamente tercermundista y antiatlantista. En 1975, el VI Congreso de las Juventudes Socialistas, celebrado en Lisboa, abogaba nada menos que por la creación de una «República de Estados Socialistas de Europa»¹⁴. La resolución política del XIII Congreso del PSOE, celebrado en Suresnes en octubre de 1974, comenzaba declarando que la inspiración [sic] del partido era «la conquista del poder político y económico por la clase trabajadora y la radical transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista»¹⁵. Las resoluciones del XXVII Congreso, celebrado en 1976, resultarían bastante más moderadas, aunque todavía influidas por el paradigma de la dependencia en el análisis de la sociedad internacional, y críticas con la influencia de las empresas transnacionales¹⁶. Sólo en las resoluciones del XXVIII Congreso, de mayo de 1979, apareció por primera vez la preocupación por la defensa del interés nacional en las negociaciones con la CEE, aunque de momento centrada exclusivamente en los derechos de los trabajadores españoles¹⁷. Como es sabido, en ese mismo congreso se produjo la dimisión de Felipe González como secretario general del Partido, como consecuencia de su pretensión —no aceptada en principio, acatada a la postre por la fuerza de los hechos— de abandonar el marxismo como inspiración ideológica. Pese a la nada cómoda posición del gobierno de la UCD, en las recientes elecciones de marzo de 1979 el PSOE parecía haber «tocado techo», es decir, haber llegado al máximo de representación que podía esperar sin renovar con cierta profundidad su discurso público. Por ello, más que a una convicción ideológica, la «renovación» respondió a la necesidad de atraerse a un amplio espectro del electorado, situado supuestamente en el centro, al que se debía hacer ver de algún modo que el PSOE era un partido homologable con la socialdemocracia europea¹⁸.

En su XXIX Congreso, celebrado en 1981, el PSOE declaraba que su opción europea era «una opción fundamentalmente política de incorporación a la construcción de una Europa unida democrática, pluralista y progresista, y a sus instituciones políticas, culturales, sociales, jurídicas y económicas»¹⁹. Tras el acceso al gobierno en 1982 el partido profundizó aún más en la moderación de su discurso sobre Europa; en el Congreso de 1984, en las resoluciones concernientes a la integración europea la idea de la *Europa socialista* quedó definitivamente anulada y sustituida por los lugares comunes extendidos en la opinión pública, que veía en la CEE una oportunidad para la modernización económica y la consolidación democrática²⁰. Más o menos sería ésta la misma retórica con la el gobierno presentaría ante la opinión pública el Tratado de Adhesión en 1985, apelando, como hizo el presidente González en el acto de la

¹⁴ Richard Gillespie, *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza, 1991, p. 403.

¹⁵ PSOE, Resoluciones del XIII Congreso, Suresnes, octubre de 1974, p. 1.

¹⁶ PSOE, Resoluciones del XXVII Congreso, 1976, p. 14.

¹⁷ PSOE, Resoluciones del XXVIII Congreso, Madrid, 17 al 20 de mayo 1979, Política, bis-2.

¹⁸ Santos Juliá, *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 516-518.

¹⁹ PSOE, Resoluciones del XXIX Congreso, 21-24 de octubre 1981, p. 32.

²⁰ PSOE, Resoluciones del XXX Congreso, 13-16 diciembre 1984, pp. 78-79.

firma, «a los propósitos expresados en el preámbulo del Tratado de Roma, en el que los fundadores de la Comunidad se declararon resueltos a consolidar la defensa de la paz y la libertad»²¹. Si bien no se renunciaba a una estrategia socialista a escala europea, ahora ésta se debía enfocar, como proponía Juan Antonio Yáñez-Barnuevo, hacia fines como la convergencia de políticas económicas, la solidaridad entre los sectores productivos, el fortalecimiento de las instituciones comunitarias y la creación de servicios públicos europeos²². Pasados los años, el proyecto socialista no pasaba ya por cuestionar el mercado (ni mucho menos el Mercado Común), sino por *corregirlo* mediante la sustitución en el mismo de los «valores capitalistas» por los «valores socialistas» y la defensa del interés común supranacional, junto con la recurrente retórica que presentaba a España como «puente» entre Europa y América Latina²³. Además, el discurso socialista caería ocasionalmente en la tentación de presentar el proyecto europeo como algo propio y familiar a la izquierda frente a una burguesía conservadora exclusivamente concernida por los intereses nacionales y recordando —como hacía en un artículo de *El Socialista* José Antonio Novais en las fechas de la adhesión— que durante la dictadura Europa había sido una bandera de lucha de los demócratas²⁴.

En relación con el proceso negociador observamos también una evolución en el discurso del PSOE, en este caso más apegada al propio decurso de las negociaciones tanto en los años de la oposición como cuando le correspondió asumir el gobierno. En la etapa inicial, en la que la actividad parlamentaria aún estaba relativamente imbuida de los consensos de la transición, los portavoces socialistas insistieron en que la adhesión a la CEE debía ser considerada una política *de Estado*, en la que el gobierno debía contar con la opinión del resto de fuerzas políticas, y éstas apoyar responsablemente la labor de aquél. Al mismo tiempo, para el PSOE era importante atender a la complejidad de las negociaciones y de los intereses en juego y evitar, sobre todo, dar pasos en falso ante la Comunidad²⁵.

Sin embargo, a medida que el proceso fue avanzando se hicieron oír desde el PSOE voces más críticas hacia el modo en que el gobierno encaraba las negociaciones. Así, el joven Manuel Marín, a la sazón diputado especializado en cuestiones comunitarias, cuestionaba la eficacia de la estructura administrativa creada al efecto por el ejecutivo (un ministerio *ad hoc* dirigido por

²¹ «Discurso del presidente del Gobierno español», *El País*, 13 de junio de 1985. Otro documento en el que constatar la relegación de las consideraciones ideológicas en los temas europeos es la publicación del partido *España ante el reto de Europa*, Madrid, PSOE, 1985.

²² Juan Antonio Yáñez-Barnuevo, «La dimensión europea del proyecto socialista», en *Nuevos horizontes teóricos para el socialismo* (II encuentro de Jávea sobre el futuro del socialismo), Madrid, Fundación Sistema, 1987, pp. 191-202.

²³ Felipe González, «La cohesión y la solidaridad en la construcción europea», *Sistema*, nº 86-87 (noviembre de 1988), pp. 11-20; José María Benegas., *El socialismo de lo pequeño. Grandeza y humildad de un ideal*, Madrid, Temas de Hoy, 1997, pp. 47-56.

²⁴ José Antonio Novais, «Del “contubernio de Múnich” al compromiso actual», *El Socialista*, nº 383 (15 de junio de 1985). Véase también José Antonio Novais, «La unidad europea», *El Socialista*, nº 379 (15 de abril de 1985); José María Benegas, «El papel de Europa en el concierto de las naciones», en *El nuevo compromiso europeo* (III encuentro de Jávea sobre el futuro del socialismo), Madrid, Fundación Sistema, 1987, pp. 193-227.

²⁵ Véase por ejemplo el artículo de Mariano Aguilar Navarro, presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, «El Senado y la negociación con la CEE», *Ya*, 20 de abril de 1978.

Leopoldo Calvo-Sotelo) y reprochaba al gobierno su falta de atención a las fuerzas sociales y económicas afectadas por la adhesión: sindicatos, patronal, consumidores, organizaciones europeístas, etc.²⁶ Martín instó asimismo al gobierno a no tratar de «instrumentar la adhesión» en su propio beneficio, renunciando para ello a la necesaria defensa de los intereses nacionales, acusando a Suárez y Calvo-Sotelo de dejar tales intereses en un segundo plano y aprovechar los contactos con la CEE en beneficio de su imagen pública como estadistas²⁷.

Cuando las negociaciones se estancaron tras el *giscardazo*, la primera reacción del PSOE fue criticar con indignación el electoralismo de cortas miras del presidente francés. El grupo parlamentario socialista emitió una nota que denunciaba el «tratamiento injusto y discriminatorio para la economía española» expresado en las declaraciones de Giscard²⁸. Pero, andando el tiempo, las invectivas se volvieron contra el gobierno de UCD, el cual, según escribía José Carlos Arévalo en *El Socialista*, no había entendido que, además de en Bruselas, las negociaciones se libraban en el frente de las relaciones bilaterales, y en particular con Francia, y con ésta el gobierno español manifestaba una absoluta incapacidad negociadora, debida, en buena parte, a las malas relaciones personales, primero de Suárez y luego de Calvo-Sotelo, con sus homólogos franceses²⁹.

Tras la llegada al poder, el gobierno socialista trataría de enmendar lo que consideraba había sido una deficiencia de la gestión anterior, dotando a las negociaciones con la CEE de una mayor entidad *política*, orientada sobre todo a los intereses comunes de los países de la Europa mediterránea³⁰. En su discurso de investidura Felipe González fijó la adhesión a la CEE como una prioridad, definiéndola, una vez más, como una cuestión de Estado, y expresó el objetivo de alcanzarla en el plazo de esa misma legislatura³¹. Comenzaba así lo que Mathieu Trouvé ha llamado la *presidencialización* de la cuestión europea³²: González asumió personalmente la responsabilidad de derribar la desconfianza existente en varios países de la Comunidad. Fue significativa, a este respecto, la carta que en noviembre de 1983 González envió a los primeros ministros de los diez países miembros de la CEE —y comunicada a la prensa— requiriéndoles, de cara al Consejo Europeo de Atenas, «una actitud clara» que hiciera posible el ingreso de España, pues lo contrario «representaría una grave responsabilidad histórica de la Comunidad respecto del pueblo español»³³. En su reunión del 20 de julio de 1983 el Consejo de Ministros español abordó monográficamente las negociaciones de adhesión, decidiendo una serie de

²⁶ *Diario de Sesiones del Congreso (DSC)*, Plenos, 21, I Legislatura, pp. 1078-1079.

²⁷ *DSC*, Comisión de Asuntos Exteriores, 18, I Legislatura, p. 16.

²⁸ *La Vanguardia*, 7 de junio de 1980.

²⁹ José Carlos Arévalo, «Política exterior de España: descalificación absoluta», *El Socialista*, nº 253 (14 de abril de 1982).

³⁰ PSOE, *Por el cambio. Programa electoral*, 1982. Fernando Morán, «España en las Comunidades Europeas», *ABC*, 12 de junio de 1985.

³¹ *El País*, 1 de diciembre de 1982.

³² Mathieu Trouvé, *La diplomatie espagnole face à l'Europe (1962-1986): enjeux, stratégies et acteurs de l'adhésion de l'Espagne aux Communautés Européennes*, Tesis Doctoral, Université Bordeaux III, 2004, p. 607.

³³ Antonio Moreno Juste (ed.), *España y el proceso de construcción europea*, Barcelona, Ariel, 1998, pp. 103-106.

grandes líneas de actuación entre las que figuraban aumentar la presión bilateral, mejorar las vías de comunicación con los embajadores de países miembros de la Comunidad y organizar campañas de comunicación dirigidas a la opinión pública de aquellos países más reticentes al ingreso de España en la CEE³⁴. Ante la constatación de que para cada uno de los temas conflictivos siempre había un Estado que ejercía el liderazgo de la posición comunitaria y detrás del cual se situaban los demás (Francia en la agricultura, Irlanda en la pesca, Alemania en la libre circulación de trabajadores...), era primordial para el gobierno español enfrentar los asuntos más delicados con cada uno de los países. Así, Fernando Morán se propuso como objetivo el desbloqueo de las relaciones con Francia, por un lado, y, por otro, la obtención del apoyo de la República Federal Alemana, principal contribuidor al presupuesto comunitario y cuya avenencia era indispensable para que la Comunidad emprendiera las reformas internas que hicieran factible la adhesión española³⁵.

El gobierno español percibió que la coincidencia ideológica con París podía ser rentabilizada en pro de un acercamiento de las posiciones negociadoras³⁶. Una serie de iniciativas fueron adoptadas para la mejora de las relaciones con ese país: la celebración de seminarios ministeriales hispano-franceses, iniciados en la Celle-Saint-Cloud en enero de 1983, y que permitieron el contacto directo entre los responsables de cada país de los sectores conflictivos³⁷; encuentros, sobre todo, entre los ministros de agricultura de ambos países, Carlos Romero y Michel Rocard³⁸; contactos entre asociaciones de agricultores de ambos países, promovidos a partir de 1984 por la Fundación Diálogo (asociación de amistad hispano-francesa creada en septiembre de 1983³⁹). A ello se sumó el empeño personal del ministro Morán, a través de sus contactos con el responsable del Quai d'Orsay, Claude Cheysson, y con el embajador francés en Madrid, Pierre Guidoni⁴⁰, de promover la idea de un eje hispano-francés en la futura Comunidad de doce.

La obtención del apoyo alemán, por su parte, más que a cuestiones estrictamente bilaterales estaría ligada a la actitud de España en relación con la permanencia en la OTAN y con la

³⁴ Matthieu Trouvé, *La diplomatie... op. cit.*, p. 671.

³⁵ DSC, Comisión de Asuntos Exteriores, 11, II Legislatura, p. 9.

³⁶ Fernando Morán, *España en su sitio*, Barcelona, Plaza & Janés / Cambio 16, 1990, pp. 54-64. Con todo, en noviembre de 1982 Mitterrand había declarado que la victoria del PSOE no alteraba el fondo del problema para Francia. Cf. Ramón Luis Acuña, *Como los dientes de una sierra (Francia-España de 1975 a 1985, una década*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986, p. 135.

³⁷ Fernando Morán, *España... op. cit.*, pp. 68-70.

³⁸ Joan Reventós, *Misión en París. Memorias de un embajador*, Barcelona, Península, 1993, pp. 170-175.

³⁹ Charlotte Vorms, «L'histoire réconciliée: Les relations franco-espagnoles 1983-2005», en Charlotte Vorms y Miguel Ángel Aguilar, *1983-2003. Veinte años de diálogo hispano-francés. Vingt ans de dialogue franco-espagnol*, [s. l.], Diálogo, 2003, pp. 8-47.

⁴⁰ Fernando Morán, *España... op. cit.*, pp. 62-64 y 67. Aunque, según Morán, Guidoni era «un buen amigo de España y antiguo conocido de Felipe González», no mucho antes, siendo diputado por la región del Aude había hecho unas declaraciones extremadamente irritantes para la delegación negociadora española, en que había dicho: «Que Europa se extienda a estos países [los candidatos a la adhesión] nos parece un buen objetivo. Pero la democracia es una cosa; las frutas, el vino y las verduras, otra». Cit. en Raimundo Bassols, *España en Europa. Historia de la adhesión a la CE, 1957-85*, Madrid, Estudios de Política Exterior, 1995, p. 252.

coyuntura específica de las relaciones entre los dos grandes bloques de la Guerra Fría⁴¹. La instalación por la Unión Soviética en la segunda mitad de los años setenta de misiles de cabeza nuclear de mediano alcance (los SS 20) sobre Europa central y oriental había sido respondida desde la OTAN con una propuesta de negociación en Ginebra cuyo fracaso implicaría el despliegue de 108 misiles Pershing II y 464 misiles de crucero en cinco países de Europa occidental. Coincidiendo con una ola de pacifismo en Europa y con un discurso extremadamente agresivo por parte de la nueva administración estadounidense de Ronald Reagan, en España se vivió el debate sobre la integración o no del país en la OTAN. El Partido Socialista, cuya percepción por entonces de la OTAN era la de una institución de dependencia europea de Estados Unidos⁴², defendió con firmeza que España no debía adherirse a esta organización y advirtió que, si lo hacía, un futuro gobierno socialista promovería un referéndum popular que permitiera su abandono. Ante el empuje del gobierno de UCD hacia la inserción en la Alianza Atlántica, que en ocasiones fue veladamente emparentada con una mejora de las expectativas de entrar en la CEE, el PSOE reaccionó negando la existencia de cualquier vínculo entre ambas organizaciones y afirmando que cualquier intento de relacionarlas por parte del gobierno sería un engaño y un fraude. Según afirmó Manuel Marín en el Congreso,

«son dos temas totalmente diferentes, y en este caso yo pido que el gobierno se aclare, porque nosotros estamos dispuestos, por lo que se refiere a la construcción europea, a apoyar fundamentalmente todas las iniciativas del gobierno y de su partido, pero no vamos a tolerar [...] que se intente ligar funcionalmente el problema de la construcción europea con el problema de la defensa europea»⁴³.

Sin embargo, una vez en el gobierno González y su equipo no tardaron en modificar su postura ante la OTAN adoptando una perspectiva más *realista* a medida que se fueron familiarizando con la percepción que los propios gobiernos de Europa occidental tenían de la Alianza Atlántica, bastante alejada de la visión radical y antiamericana de la izquierda española⁴⁴. De hecho, el *impulso político* de las negociaciones de adhesión a la CEE tuvo uno de sus momentos determinantes precisamente en la visita de Felipe González al canciller alemán Helmut Kohl en mayo de 1983, en la que el presidente español expresó, para satisfacción de la mayoría de los gobiernos europeos, su «comprensión y solidaridad» respecto del despliegue de los *euromisiles*. Pocas semanas después, en el Consejo Europeo de Stuttgart, y a requerimiento de la RFA, la reforma presupuestaria de la Comunidad quedó ligada al éxito de la ampliación a

⁴¹ Julio Crespo MacLennan, *España en Europa, 1945-2000. Del ostracismo a la modernidad*, Madrid, Marcial Pons, 2004, p. 254.

⁴² Declaraciones de Luis Yáñez, secretario de relaciones internacionales del PSOE, en *El Socialista*, 23 de octubre de 1977.

⁴³ *DSC*, Plenos, 21, I Legislatura, p. 1099. Véase también PSOE, *50 preguntas sobre la OTAN*, 1981, pp. 6-7.

⁴⁴ Michael P. Marks interpreta el cambio de posición del PSOE en función de la adquisición de un mayor conocimiento sobre la realidad internacional. Vid. Michael P. Marks, *The Formation of European Policy in Post-Franco Spain. The Role of Ideas, Interests and Knowledge*, Avebury, Ashgate Publishing, Aldershot, 1997. Véase también Roberto Mesa, *Democracia y política exterior en España*, Madrid, EUEDEMA, 1988, p. 174.

España y Portugal⁴⁵. El *decálogo* de la política exterior enunciado por Felipe González ante el Congreso de los Diputados en octubre de 1984 avanzaba otro paso más en esa estrategia de *ambigüedad calculada* en relación con la OTAN, al proclamar que la pertenencia de España a la misma era «un punto de partida inexcusable, el “status” actual, para nuestro diálogo político y con probabilidad de que sea el que mayor grado de consenso hipotético comporte»⁴⁶. En diciembre, el XXX Congreso del PSOE avalaba esta postura con una clara mayoría, abriendo ya el camino para que en 1986 el gobierno socialista promoviera la permanencia en la OTAN en el referéndum celebrado al efecto. Más adelante, Felipe González reconocería como un error su posición anterior, e incluso llegaría a declarar, renegando de la antigua visión de una Europa unida como contrapoder a los dos grandes bloques, que «Europa y los Estados Unidos no solamente forman parte de la misma Alianza, sino conforman el mismo universo cultural, comparten el mismo conjunto de valores [...]: hay un mundo occidental»⁴⁷. Con mayor realismo, José María Benegas reconocería que las naciones europeas —entiéndase la RFA— tenían derecho a exigir de España un compromiso en materia de seguridad, cuando ésta lo solicitaba de ellas en materia económica. El propio Benegas trataría también de justificar, no sin cierto cinismo, el atlantismo del PSOE sobre la base de que también la Alianza Atlántica podía ser utilizada como «plataforma para la acción del socialismo democrático en el mundo»⁴⁸.

Las negociaciones con la CEE se aceleraron a lo largo de 1984, haciendo posible su conclusión en la primavera de 1985. La aprobación en noviembre de 1983 de un nuevo Reglamento de Frutas y Hortalizas de la CEE y de los términos para la reforma de la del vino en diciembre de 1984 permitirían fijar posiciones negociadoras en materia agraria. El Consejo Europeo de Fontainebleau (junio de 1984) resolvió el problema presupuestario, al obtener Reino Unido el llamado *cheque británico* y admitir la RFA el incremento del presupuesto de la CEE. Los problemas bilaterales hispano-británicos en relación con Gibraltar quedaron encauzados a partir del acuerdo del 27 de noviembre de 1984. En diciembre de 1984 España cerró, al fin, el capítulo de unión aduanera, aceptando un desarme arancelario de siete años, mientras que los capítulos en los que España debió finalmente hacer más concesiones (agricultura, pesca, asuntos sociales, recursos propios e Islas Canarias) no fueron cerrados hasta marzo de 1985. Productos cuya exportación revestía una notoria importancia para la economía española, como las hortalizas o los agrios, quedaron finalmente sujetos a un período de transición de diez años, sin obtener ventaja alguna durante los cuatro primeros. También la libre circulación de trabajadores

⁴⁵ Enrique González Sánchez, «Las negociaciones de adhesión de España a las Comunidades Europeas: enero 1983-marzo 1984», *Revista de Instituciones Europeas*, vol. 11, nº 2, p. 478. Paul Preston y Dennis Smyth, *España ante la CEE y la OTAN*, Barcelona, Grijalbo, 1985, pp. 162-173.

⁴⁶ *Boletín Oficial de las Cortes Generales*, 23 de octubre de 1984.

⁴⁷ Felipe González y Jorge Semprún, «España en Europa», *Sistema*, nº 76 (enero de 1987), p. 27.

⁴⁸ José María Benegas, *La razón socialista. Carta abierta a los socialistas españoles. Un modelo de sociedad, democrático y solidario*, Barcelona, Planeta, 1990, p. 94. La conexión entre OTAN y CEE ha sido, con todo, desmentida por el propio González. Cfr. Felipe González y Juan Luis Cebrián, *El futuro no es lo que era*, Madrid, Aguilar, 2001, pp. 136-138. Para la visión de un socialista crítico con la *ambigüedad calculada*, cfr. Ignacio Sotelo, *Los socialistas en el poder*, Madrid, El País, 1986, pp. 219-220.

españoles sufriría una transición de siete años (diez si su destino era Luxemburgo), mientras que el acceso de los pescadores españoles al *box* irlandés quedaba restringido hasta 1995⁴⁹. Estos resultados motivaron las protestas de los sectores que se sintieron más perjudicados, y de hecho el 12 de junio de 1985, día de la firma del Tratado, se produjeron manifestaciones de agricultores en varias ciudades del país para expresar su insatisfacción⁵⁰. También Alianza Popular, principal partido de la oposición, anunció que el Tratado acarrearía consecuencias desastrosas para numerosas regiones, y atribuyó la premura de su conclusión al interés de González por concluirlo antes de las siguientes elecciones, precisamente por el mismo electoralismo espurio que el PSOE había reprochado a UCD años atrás⁵¹.

Sin embargo, pese a que desde 1982 la derecha española se había erigido en la abanderada del interés nacional frente a un gobierno demasiado proclive a las concesiones a la Comunidad, tampoco el PSOE había renunciado a la imagen de la defensa del interés patrio frente a la avaricia europea. Por ejemplo, en 1983 una publicación propagandística del partido presentaba a González como un negociador duro, capaz de mostrar ante la CEE una firmeza superior a la de sus predecesores⁵². El clima de tensión heredado en las relaciones hispanofrancesas (que, aparte de la CEE, afectaba a cuestiones como la situación de los terroristas de ETA en Francia o los derechos de pesca en el golfo de Vizcaya) propició una oportunidad de mostrar este carácter, cuando González se reunió con el primer ministro francés Pierre Mauroy en la Moncloa en marzo de 1984, en un encuentro marcado por el reciente ametrallamiento de dos pesqueros vascos por la armada francesa. Según las memorias de Mauroy, en privado González lo trató con gran cordialidad y restó importancia al incidente en el Cantábrico, pero al despedirse le pidió que declarara a la prensa que la conversación había sido tensa⁵³.

Por último, interesa detenernos en el carácter triunfalista del discurso público del PSOE ante la firma del Tratado de adhesión. Tanto las alocuciones públicas de sus dirigentes como los artículos de prensa presentaban la entrada en la CEE como «la superación de un aislamiento secular», «la participación en el destino común de Europa», «la culminación de un proceso de lucha de millones de españoles», la ruptura del aislamiento histórico de España y, en definitiva, el triunfo de la democracia sobre los rescoldos del régimen anterior. Resulta significativo que, pese a que había sido la contraposición de intereses económicos lo que había demorado la negociación durante años, en todos estos discursos los beneficios tangibles de la adhesión pasaran a un segundo plano —sobre todo a la vista de las dificultades que los expertos

⁴⁹ Antonio Alonso, *España en el Mercado Común. Del acuerdo del 70 a la Comunidad de Doce*, Madrid, Espasa Calpe, 1985, pp. 154-208.

⁵⁰ ABC, 13 de junio de 1985. Según José M. Giralt, presidente de la Confederación Nacional de Cámaras Agrarias, el acuerdo produciría una «invasión» de productos agrarios y ganaderos de la CEE en España. Vid. José M. Giralt, «El campo español y la CEE», ABC, 13 de junio de 1985.

⁵¹ Alianza, nº 18 (15 de junio de 1985). Sobre la posición de AP ante la adhesión de España a la CEE, vid. Carlos López Gómez, «Europeísmo y oposición: Alianza Popular y la adhesión de España a la CEE (1976-1985)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 29 (2007), pp. 279-296.

⁵² PSOE, Equipo de Documentación Política, *Un año para la esperanza*, 1983, pp. 98-99.

⁵³ Pierre Mauroy, *Mémoires. "Vous mettez du bleu au ciel"*, París, Plon, 2003, p. 277

auguraban para los primeros años— y el acento se pusiera en los valores *culturales* sobre los que se fundaba la Comunidad Europea y, sobre todo, en el hecho de que la adhesión significaba el reconocimiento definitivo de la *uropeidad* de España, secularmente cuestionada al norte de los Pirineos⁵⁴. Siendo así, el Tratado de adhesión revestía un carácter histórico y el 1 de enero de 1986, cuando la adhesión había de hacerse efectiva, se convertía en una fecha fundacional de la España contemporánea. Precisamente sobre estas consideraciones se basaría buena parte de la campaña socialista para las elecciones de ese mismo año.

Con esto el PSOE cerraba un ciclo en el que su discurso europeísta había conocido elementos de *continuidad* y de *cambio*. Entre los primeros, el hecho de apoyar el proceso de integración europea como opción de futuro para el continente, en consonancia con los planteamientos de los grandes grupos europeístas de la posguerra, en algunos de los cuales el PSOE participó desde sus inicios. Como segundo elemento de continuidad, la posición favorable a la entrada de España en la CEE una vez que hubiera desaparecido el régimen franquista, participando de la identificación entre europeísmo y democracia que se extendió a las diversas tendencias de la oposición antifranquista. Entre los elementos de cambio debemos señalar la evolución en la percepción de las Comunidades Europeas realmente existentes, desde una posición crítica que las concebía como un instrumento del capitalismo a una visión más pragmática que veía en ellas un mero espacio para la proyección de las políticas del partido. En segundo lugar, en el *realismo* con que el gobierno de Felipe González planteó la problemática relación entre el Mercado Común y la OTAN, y que permitió asegurar la presencia de España en ambas organizaciones pese al muy distinto significado que una y otra habían tenido para la opinión pública española en la historia reciente. Y, por último, en el eventual empleo de la política europea como arma de cara a la lucha política interna identificando el proyecto europeo a las ideologías de izquierdas o, eventualmente, abanderando la defensa del interés nacional frente a la Comunidad.

⁵⁴ Mensaje a la nación del presidente del Gobierno, *El País*, 30 de marzo de 1985. «Discurso del presidente del Gobierno español», *El País*, 13 de junio de 1985. *El Socialista*, n° 378 (1 de abril de 1985).